

EN CARICATURAS

Penumbras en la factura



En la Casa Blanca



El Gobierno y los cuarenta sabios

En principio, suena muy bien la integración por el Gobierno de la ‘Comisión de sabios’ a fin de que lo asesore “para impulsar el desarrollo en materia de ciencia, tecnología e innovación”. Probablemente, una de nuestras falencias para integrarnos como nación con objetivos comunes ha sido el casi tradicional distanciamiento entre científicos, académicos, e incluso empresarios, políticos y gobernantes.

Eso se refleja, entre muchos otros ejemplos que se podrían citar, en la falta de planeación sobre el tipo de educación y de los profesionales que no solo el país necesita para su desarrollo, sino de las posibilidades de integrarlos al torrente económico nacional. Pareciera que conocimiento, ciencia y tecnología van de un lado y las urgencias políticas y electorales, de otro, en una especie de esquizofrenia.

En 1945, Alberto Lleras -como presidente encargado a los 39 años- tuvo la visión de crear el Departamento Nacional de Planeación, precisamente con la mira de que las políticas públicas fueran el resultado de un serio análisis de metas, métodos y recursos. Esa idea tuvo mayor desarrollo en la reforma constitucional de 1968, inspirada por Carlos Lleras Restrepo, y se fortaleció en la Constitución de 1991. Sin embargo, no ha habido relación entre los ‘planes nacionales de desarrollo’ que presentan los distintos gobiernos y los resultados al final de su mandato.

Algunos de ellos han tenido pomposos nombres, por ejemplo: ‘Para cerrar la brecha’, ‘Las



Lo importante es oírlos
Alfonso Gómez Méndez

cuatro estrategias’ y ‘Transformación nacional’, o la búsqueda de la equidad. Jóvenes investigadores podrían demostrar que casi nunca, hasta hoy, ha habido equivalencia entre los planes de desarrollo que ahora, cada cuatro años, presenta todo gobierno al comenzar y sus ejecuciones reales. Sería un buen ejercicio para politólogos que pondría al descubierto la sideral diferencia entre la carreta y la escueta realidad administrativa y política.

Lo mismo ocurre con los ‘programas’, no solo de quienes aspiran a dirigir el Estado sino incluso a ser congresistas, gobernadores, alcaldes, diputados y aun ediles. Llegamos hasta el extremo de obligar a que esos ‘programas’ se registren en una notaría. Es más: cada vez que un partido o un simple dirigente quiere dar una voltereta política o buscar un empleo o pedir que se le conserve, pretende justificarse alegando ‘razones programáticas’, cuando es claro que ello no obedece a una idea seria.

Si los gobernantes hubiesen atendido y puesto en marcha las propuestas de tantas y muy buenas comisiones -unas de sabios y

otras no tanto- conformadas desde hace no pocos años, hoy tendríamos otro panorama político y social, y probablemente una estructura política diferente. Entre las comisiones que faltan está la que invente un ágil y urgente sistema para ‘cazar’ -no casar- delfines en la política para lograr una democracia real. Y otra muy importante que haga sugerencias sobre cómo en realidad ‘cerrar la brecha’ entre ricos y pobres para disminuir inequidades sociales, como lo escribió María Isabel Rueda en este diario el domingo.

Entre las de sabios, habría que recordar la que integró el entonces presidente Gaviria con pesos pesados de la inteligencia y alto reconocimiento, como Gabriel García Márquez, Rodolfo Llinás, Marco Palacio y Manuel Elkin Patarrojo, entre otros. Pero una interesante crónica de Manuel Hernández Benavides en el portal Razón Pública da cuenta de la lánguida manera como fueron desechadas las recomendaciones de tan prestigiosa comisión de notables. Tal vez por eso, el neurocientífico Rodolfo Llinás, como aparece en la revista *Semana*, dudó antes de aceptar hacer parte de otra comisión de sabios.

Así las cosas, el reto para el presidente Duque está en romper la tradición de desinterés, o, más aún, de claro desprecio hacia las recomendaciones de estos ciudadanos -de elevada jerarquía en distintos campos del saber- y en poco tiempo convertirlas en actos de gobierno, que no deben confundirse con más reformas constitucionales y legales de comprobada ineficacia social y perniciosa inseguridad jurídica.



Contratiempo
Jotamario Arbeláez

Mircea Cartarescu

Desde que me inicié en la literatura a los 17 hasta ahora, que a los 78 aún me sigo iniciando -y sospecho que iniciado voy a quedarme de leer, fornicar y de tomar trago-, le tomé un particular afecto a la literatura que se gestaba en Rumania, la patria del conde Drácula y de su antecedente real el no menos tétrico príncipe Vlad Tepes, el Empalador. Irlanda me había deparado a Joyce, a Beckett, a Swift, a Wilde, a Yeats, y también a Bram Stoker, el creador del hombre vampiro. Y Francia, a Rimbaud, al marqués de Sade, al conde de Lautréamont, el surrealismo y el existencialismo en pleno. Pero definitivamente me quedaba con el país que había engendrado al eminente Eminescu, poeta de culto de quien, en complicidad con la embajada, publiqué una antología cuando estuve en la Gobernación; al atribulado Panait Istrati, a Tristan Tzara, quien introdujo el dadaísmo en París y el mundo; a Mircea Eliade, quien a través de sus revelaciones sobre mitos, sueños y visiones nos ayudó a alcanzar un éxtasis más legítimo que el de las drogas heroínómanas; a Eugenio Ionesco, formulador del teatro del absurdo, quien destruyó la lógica parlamentaria en sus personajes; a Emil Cioran, de quien aprendimos que quien no se suicida joven tiempo tendrá para lamentarlo.

Un día del año pasado, husmeando por los estantes de la Librería Nacional, donde se inició el nadaísmo de Cali, me topé por casualidad con un volumen que me llamó la atención, editado por el sello Impedimenta. Era un poema con aires de epopeya heroico-cómica, *El Levante*. Lo que yo hubiera querido y había tratado de escribir durante los tres cuartos de mi vida que he entregado al nadaísmo, ese movimiento hermano del zen y la patafísica.

Me dije que si algún día llegaba a conocer a ese monstruo que será nobel, habría alcanzado el tope de mis logros intelectuales. Sentí que era mi descubrimiento personal porque al comentarlo con mis amigos cercanos, no tenían noticia de esa obra totalizante.

La sorpresa por estos días fue recibir invitación de la Tertulia Literaria de Gloria Luz Gutiérrez, que, al cumplir 20 años de actividades, nos concedía el privilegio de compartir con Mircea Cartarescu, por cortesía de la embajada rumana. Ni perezoso ni patifortico, abandoné mi amoblado paraíso de Villa de Leyva y me presenté en la Tertulia. Aunque el escritor es 16 años menor que yo, me sentía ante una luminaria interestelar y con el impulso de arrodillarme y besarle la mano que conduce su pluma. Me recorrió la misma emoción que cuando conocí a León de Greiff, a mis 20 años, y a García Márquez, a mis 22.

Quedé deslumbrado con la conversación que sostuvo con Gonzalo Mallarino, hablando él en rumano, con una traductora impecable. Se detuvo a comentar que vivía a la vez en la realidad y en los sueños y que en su literatura, estos se entremezclaban. Que él llevaba una libreta con su diario personal y su diario de sueños, y de allí salía todo. Cuando llegó la hora de los comentarios le expresé que después de haber abrevado en Tzara, en Eliade, en Ionesco y Cioran, y ahora conociéndolo a él, podía declarar que el nadaísmo había nacido en Rumania, a lo que me conmovió con una respuesta de compatriota. Adquirí el libro *Solenoides*, en el que ando sumergido con aún mayor deslumbramiento. Para mayor fortuna, al otro día hubo otro acto en la biblioteca del Gimnasio Moderno, donde Cartarescu conversaría con Piedad Bonnett. El mismo impacto en una sala donde no cabía un alma por más que se apretujara. Luego sí tenía público, y no era yo solo su descubridor. Me firmó el libro con la dedicatoria “*To Jotamario the new romanian poet*”. Me dirigí enseguida al teatro del mismo Gimnasio, donde me entregarían mi sexto premio literario, el Dámaso Alonso, a la vida y la obra, concedido en España por la Academia de Buenas Letras. En el público había tres personas. Algo va de Cartarescu a Jotamariescu.

Nunca es tarde

Luego de prestar el servicio militar, a comienzos de la década del 80, ingresé a la Universidad Jorge Tadeo Lozano a estudiar publicidad, profesión que me llamaba la atención porque tenía una interesante mezcla de creatividad, plástica y estrategia.

En esa elección tuvo mucho que ver el hecho de que al final del bachillerato un publicista vecino y amigo de mi familia, llamado Jorge Restrepo, me dejaba fisionear sus proyectos, me prestaba libros y absolvía todas mis dudas sobre esa carrera, en la cual yo creía que podría dar rienda suelta a mis habilidades manuales.

No obstante, mi afición por la publicidad tiene unos antecedentes más lejanos. Desde pequeño yo no solo dibujaba ‘bonito’ -como decían mis familiares, amigos y algunos profesores-, sino que sentía fascinación por todo lo visual. De hecho, siendo un niño, me encantaba ver trabajar a un señor cerca de mi casa, en Armenia, que se dedicaba a pintar letreros de buses, taxis y cuanto vehículo le pusieran al frente y que para él eran como un lienzo. Pasaba jornadas enteras viéndolo poner y quitar las plantillas de las letras y figuras con las que él les daba vida a sus obras, con una especie de aerógrafo industrial.

No recuerdo muchos datos suyos, excepto que se llamaba Óscar, usaba el pelo largo y tenía una moto que conducía con gracia de sol. Lo que sí tengo grabado en mi memoria con absoluta nitidez es la precisión de sus manos, el olor



Punto y aparte
Vladdo

de la pintura y la variedad de colores, que causaban en mí una especie de hechizo que aún me impresiona. El momento de mayor emoción se producía cuando, una vez se secaba la obra, Óscar retiraba el papel y la cinta con los que enmascaraba las superficies y quedaba a la vista su creación. El resultado era siempre impecable. Una vez, cuando le pregunté cuál era su ocupación, él me respondió sin vacilar con una frase que nunca olvidó: “Soy publicista”.

Por eso, llegada la hora de entrar a la universidad, esa experiencia temprana, sumada al impulso de mi vecino, me llevaron directo y sin escalas a la facultad de Publicidad de la Tadeo. Infortunadamente, a mediados del segundo semestre, sentí que en el programa había mucha teoría y poca práctica; así que deserté de la carrera y de la universidad y me fui a estudiar Diseño Publicitario, carrera tecnológica que sí cursé completa y en la cual desde el comienzo pude embadurnarme de tinta y pinturas, tomar y revelar fotos, ha-

cer planchas, analizar exposiciones, rayar papel, etcétera.

Poco después, en 1992, cuando ya estaba trabajando en los medios y gracias a una beca del Gobierno holandés, hice un curso de diseño gráfico en La Haya, una experiencia invaluable que me ayudó a crecer mucho en el plano profesional y en el aspecto personal.

Sin embargo, todo el tiempo seguía con la espinita de mi frustrado paso por la Tadeo. Así que el año pasado me propuse concluir esa carrera que había dejado empezada y, luego de varios meses de trámites, papeleo, entrevistas, certificados y homologaciones, hace una semana, a mis 55 años, reingresé como estudiante al programa de publicidad.

Pese a que la víspera de mi primer día de clases me invadió una ansiedad igual a la que sentía cada año en el colegio, la alegría de regresar a mi universidad completamente renovada, volver a un barrio recuperado, compartir aula con compañeros que podrían ser mis hijos, leer fotocopias y aprender de profesores mucho más jóvenes que yo me produce una emoción indescriptible.

Y aunque en mis 33 años de trayectoria laboral he cosechado muchos triunfos, he ganado muchos reconocimientos y obtenido muchos diplomas, creo que mi mayor satisfacción será colgar en una pared de mi estudio el cartón de publicista, 35 años después de haber interrumpido mi carrera. Nunca es tarde.